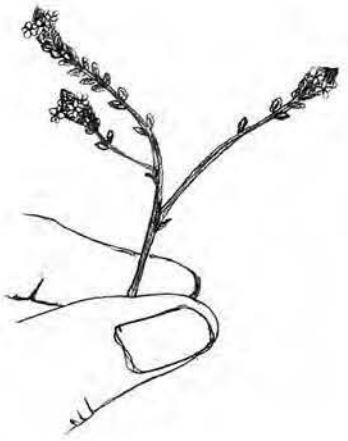
Como muchas de las novelas del género, la obra de Vargas Linares es una ficción que tiene como protagonista un héroe de la historia, que obtuvo veinte triunfos en batallas, algunas de ellas decisorias, pero humano, con sus peculiares experiencias, pasiones y ambiciones. La novela logra un armonioso y equilibrado cuadro estético, y reconstruye un ambiente pretérito. Por ser el protagonista un héroe, pero fundamentalmente mártir, Sucre, de por sí un personaje de la historia, lleno de fuerza poética, la biografía novelada escrita por Vargas Linares presenta personajes que existieron y que pertenecen a la historia, el primero de todos el Libertador Simón Bolívar, José Antonio Páez, Juan José Flores, José María Córdoba, los mutuos amigos y enemigos de Sucre y Bolívar, los directos asesinos y presuntos implicados: Juan Gregorio Sardá, José Erazo y José María Obando, y recrea hechos y circunstancias de la época de la pre e Independencia, para lo que el autor traza un cuadro secuencial de acciones ilustres, individuales y colectivas, marcadas por la tragedia y, sobre todo, por la perfidia, en cuya elaboración se basó en gran cantidad de correspondencia; cita siempre el sitio y fecha, obras históricas de remota y presente publicación, biografías de Sucre, charlas con especialistas, etc.; combina las fuentes primarias con las secundarias, con visitas a los principales lugares en la vida de Sucre: Pichincha, donde se consolidó la leyenda militar; Ayacucho, sitio en el que se cumplió la batalla más importante de la Independencia, y en el que el héroe y el general Córdoba obtuvieron el punto mayor de su gloria; Berruecos, lugar del asesinato del mariscal. Cuadro muy aproximado del ciclo vital de Sucre, en el cual lo novelesco está confundido con lo histórico, sin ninguna pretensión de enseñar historia, ni cumplir función moralizante alguna, sin dejar de lado cierta "arqueología", toda vez que, sin profundizar, presenta el estilo de la época, lo peculiar de las formas de vida de las hoy repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú, en tiempos de la Independencia y la Gran Colombia, así como el lenguaje, las costumbres, la indumentaria, la vivienda, la alimentación, las instituciones, las armas, las herramientas, etc. Los hechos, las acciones y circunstancias y los elementos "arqueológicos" que mediaron en la vida del Gran Mariscal, están correctamente enlazados de manera estética.



Según parece, Vargas Linares investigó varios años sobre la vida y la época de Sucre, contrariamente a muchos autores cultores del género en Colombia, desde el pionero, el general Juan José Nieto, hasta el presente, no cayó en el común procedimiento de citar sus fuentes históricas, como pruebas de la historicidad de su novela, aunque sí se aprecia cierta erudición. De alguna manera, el estilo y lenguaje periodístico, con el que el autor ha obtenido varios reconocimientos y con el cual ha escrito ya dos novelas, se hace presente en la narración, pues en breves párrafos cuenta la historia, anterior y posterior, de los diferentes personajes que se cruzaron en la vida de Sucre, y sintetiza los hechos históricos, nacionales y extranjeros que envolvieron la vida del mariscal; sin olvidar necesarios artificios literarios, como el de enlazar las voces narrativas de la tercera persona todopoderosa con la primera del refrán y la confesión. Por último, el título *El mariscal que vivió de prisa*, está muy bien concebido y está totalmente de acuerdo con la manera en que desarrolla la novela.

José Eduardo Rueda Enciso
Profesor titular,
Escuela Superior de Administración Pública

Ni muy histórica ni muy novela

Mar de sangre
Memorias de Cartagena
Novela histórica
ARTURO APARICIO LASERNA
Ediciones B, Grupo Z, Barcelona, 2010, 418 págs., il.

SEGÚN EL análisis adelantado en 1961 por el investigador estadounidense Donald Lee McGrady[1], entre 1844 y 1959 se habían publicado en Colombia veintiocho obras consideradas como novelas históricas, de trece autores, de muy diferente paginaje y calidad, que muestran un marcado carácter docente y no estético; todas pretenden enseñar historia sin lograrlo, y siempre debatiéndose entre ser novelas históricas o historia novelada. En un comienzo esas novelas fueron marcadamente románticas, luego pasaron a tener un énfasis realista y después modernista, transformaciones acordes con el desarrollo de la literatura y los tiempos.

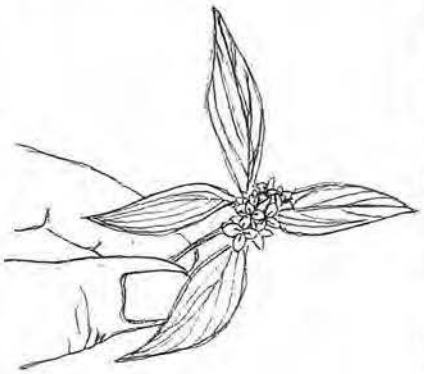
Por lo general, todos estos novelistas intentan una recreación del pasado, en el común de los casos pobremente lograda, y no una reproducción fiel; de hecho, reproducir fielmente el alma y el estado cultural de épocas pasadas no es posible porque no se tienen todos los datos histórico-arqueológicos para reconstruir con exactitud

1. *La novela histórica en Colombia, 1844-1959*, Universidad de Indiana, 1961 (versión mecanografiada).

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

esas épocas. Demuestran muy poca investigación original de los autores en fuentes primarias, no porque no existieran, aunque su consulta era un tanto difícil, limitándose a novelar los sucesos famosos que presentan los manuales y los textos de divulgación popular, preocupándose poco en el aspecto arqueológico (en la reproducción de épocas pasadas), ya que esa clase de información supone mucho estudio en tratados especializados y trabajo original, recorriendo museos, colecciones especiales y escenarios de acción.

Los autores reseñados por McGrady son: Juan José Nieto, Soledad Acosta de Samper, Emilio Cuervo Márquez, Francisco María Renjifo, Felipe Pérez Manosalva, Jesús Silvestre Rozo, Eduardo Posada, Francisco Gómez Valderrama, Luis Hernando Vargas Villamil, Antonio de Plaza, Daniel Samper Ortega, Juan Francisco Ortiz y Constancio Franco, quienes escribieron sobre novelas de asuntos no americanos (cuatro), novelas indigenistas y de la conquista (diez), novelas de la sociedad colonial (siete), novelas de la época de la Independencia (siete). Soledad Acosta de Samper fue quien más publicó, un total de nueve novelas, pero sus obras distan mucho de ser novelas históricas.



Cuatro de estos autores fueron miembros de la Academia Colombiana de Historia (1901): Eduardo Posada, Emilio Cuervo Márquez, Daniel Samper Ortega y Soledad Acosta de Samper; y dos más, Felipe Pérez Manosalva y Antonio de Plaza, cultivaron también la historia pero, al igual que en la literatura, no de manera profesional. Del conjunto de novelistas históricos, solo Emilio Cuervo Márquez, doctor en Filosofía, con su novela *Phineés*, y Daniel Samper Ortega, escritor, periodista, promotor y gestor cultural, con *Soraya*, escribieron excelentes y verdaderas novelas históricas, pues en ellas se hacen eruditas y bien logradas reconstrucciones y descripciones históricas y arqueológicas, sin perder la trama novelesca y la estética de la escritura, entretejiendo lo histórico con un argumento novelesco. Ambos autores se preocuparon por conocer y recorrer los lugares y los ambientes en donde se desarrollan sus novelas, se documentaron lo mejor posible, sin abusar, pero explotando los datos, a la hora de escribir.

Desde 1959 hasta el presente año se ha editado un número importante de novelas históricas, una cantidad quizá superior a las publicadas entre 1844 y 1959, escritas por autores (encabeza la lista el nobel Gabriel García Márquez) por lo general profesionales, dedicados, casi siempre y, de manera exclusiva, a la actividad literaria. En forma simultánea, durante esta segunda etapa, las disciplinas sociales y humanas en el país se han consolidado académica y profesionalmente, entre ellas la historia ha mostrado un crecimiento, una cualificación y una cuantificación destacadas.

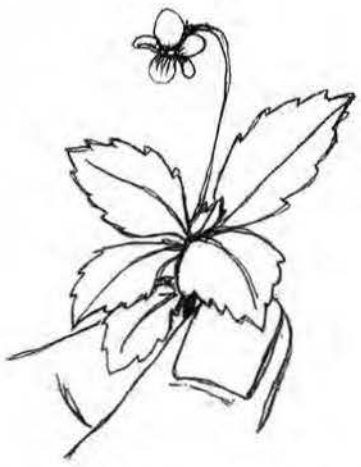
Una vez esbozado este ligero panorama de la novela histórica en Colombia, entremos a reseñar el libro *Mar de sangre. Memorias de Cartagena* de Arturo Aparicio, que pretende ser una Novela histórica, como lo anuncia la cubierta, aunque más bien es historia novelada, pues escoge unas figuras históricas bien conocidas, como el fundador Pedro de Heredia, los piratas Roberto Baal, Martín Cote, John Hawkins, Francis Drake, el barón de Pointis y el almirante Edward Vernon, entre otros, como protagonistas principales, sin fantasear mayor cosa, tratando de ser rigurosamente histórico, la cual comparte muchos de los aspectos polémicos de las obras escritas entre 1844 y 1959. No es una novela escrita por un profesional de la literatura, ni por un historiador, ni trata de serlo. Según parece sí lo es en la redacción de ensayos especializados en medicina ginecobstetra, de ahí que, por momentos, en el ensayo, en apariencia histórico, domina la narración, no hay mayor esfuerzo estético, su lenguaje, sin ser el de un historiador, es austero, sencillo, claro y conciso.

Luego de unos agradecimientos y un prólogo, Aparicio intenta, en siete capítulos, recrear y reconstruir las hazañas y aventuras de conquistadores, las crueldades de los asaltos de los piratas, el origen y desarrollo de las fortificaciones de Cartagena de Indias y dar luces sobre los sentimientos que habitaron y motivaron a los protagonistas de la historia de Cartagena, en especial de la conquista y la colonia. La narración de los capítulos está montada sobre cuadros episódicos o situaciones, regularmente encadenados. Solo en el capítulo segundo echa mano de recursos narrativos, pues, en el marco de tertulias familiares, en el hogar de Alonso de Heredia, hermano de Pedro de Heredia, fundador de Cartagena y conquistador de su región adyacente, reconstruye la historia de la conquista de Cartagena, la conquista del Darién, el descubrimiento del océano Pacífico por parte de Vasco Núñez de Balboa. En los seis capítulos restantes no recurre a ninguna otra ficción, limitándose a ensamblar hechos históricos atinentes a dos siglos de ataques piratas en el Caribe, centrados en los que se verificaron en Cartagena de Indias. No hace el intento de dejar lo novelesco confundido con lo histórico, mantiene la inconveniente aspiración de enseñar y divulgar historia.

La temática de los piratas, corsarios, etc., vertida en novela, tiene un antecedente importante en Soledad Acosta de Samper, en su bien documentado libro *Los piratas en*

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Cartagena (1886), obra esta, como la mayoría de las suyas, en la cual lo histórico es lo principal, su ideal, guía y fin fue docente, no estético, con un marcado interés moralizador, acorde con sus sentimientos católicos. Para doña Soledad sus personajes son moralmente perfectos o imperfectos, sin ningún tipo de defectos los primeros, y totalmente nefandos los segundos. Por su parte, Aparicio no cae en ese tipo de características, sus personajes son humanos con cosas buenas y malas, pero mantiene algunas similitudes con Acosta de Samper, en especial en la presentación de cuadros episódicos, cuya única continuidad narrativa es la de los asaltos de los piratas ingleses y franceses a Cartagena y otras ciudades de la costa Caribe colombiana durante dos siglos, que fueron muy propios en sus obras. Al igual que doña Soledad, retoma las figuras de Pedro de Heredia, Roberto Baal, Francis Drake, el barón de Pointis, el almirante Vernon y los dos destacados defensores Sancho Jimeno y Blas de Lezo, pero Aparicio introduce otros personajes y situaciones, quizá motivado por la lectura de la obra de Germán Castro Caycedo *El Hurakán. Historia de piratas, brujas, santos, conquistadores, indios, tempestades y naufragios* (1991).



La investigación y redacción del libro tardó siete años, tiempo en el que analizó infinidad de documentos históricos, publicados por aficionados, no por profesionales, plagados muchas veces de errores en la transcripción; sin consultar fuentes originarias de archivo, cuya pesquisa ahora es más fácil que en la primera época de la novelística histórica colombiana, habida cuenta que ya existen excelentes colecciones de documentos. Recurrió a la información de las *Crónicas de Indias*. Sin embargo, en *Mar de sangre* el autor no comete el exabrupto, muy propio de algunos de sus antecesores, de citar fuentes históricas como pruebas de la historicidad de sus novelas, o de abusar de las notas de pie de página. El cúmulo de información primaria la cotejó con las obras de autores colombianos, españoles, ingleses, franceses y estadounidenses, tratando de aclarar algunas dudas producto del carácter eminentemente oral de las fuentes primarias. Pero, en un alto porcentaje, los autores consultados no son historiadores profesionales; además, sorprende que no haya consultado a los autores de la *Nueva historia de Colombia*, solo se limitó a aficionados; la consulta de autores extranjeros trata de ser un poco más cuidada en lo científico, aunque, para el caso de los españoles, muestra cierta inclinación por historiadores de la discutida Escuela de Sevilla; por ejemplo, uno no entiende cómo no consultó la magistral obra de Juan Marchena Fernández que desmitifica la leyenda de Blas de Lezo y Olavarrieta.

Por último, Arturo Aparicio Laserna recurrió a modernas fuentes provenientes de la consulta de Internet, y es notable la reproducción de láminas, mapas, escudos, etc., de muy variada procedencia. Sin embargo, como se ha tratado de mostrar, le faltó mucho trabajo literario y aún histórico.

José Eduardo Rueda Enciso
Profesor titular,
Escuela Superior de Administración Pública

Cristales ahumados

Los sueños de los hombres se los fuman las mujeres
ALISTER RAMÍREZ MÁRQUEZ
Planeta, Bogotá, 2009, 256 págs., il.

PEDRONEL III Jaramillo y Hans de Greiff nacieron en Antioquia, en la segunda mitad del siglo XIX, y se hicieron amigos desde la infancia. Pedronel formaba parte de una pequeña dinastía de comerciantes de maquinaria minera y Hans venía de una estirpe de noruegos extraviados. Viajaron juntos a Bogotá, para estudiar en el Colegio del Rosario, y vivieron cada uno a su manera los tiempos de la Regeneración. Pedronel estudió derecho comercial, escribía constantemente y se vio involucrado en la edición de un periódico clandestino que se oponía al régimen de Rafael Núñez. Hans, por su parte, dibujaba. En la capital, Hans se desinteresó por los estudios, siguió pintando con el seudónimo de Manuel María de Mark, y se dejó ganar por la vida bohemia. Fue Hans quien inició a Pedronel "en las artes del amor y la carne". Le presentó a la empleada de un almacén de telas y sombreros a cuyo cuarto llegó Pedronel guiado por el olor. Ella "le besó todo su cuerpo y él se sintió amado por un eterno segundo". La amistad con el irlandés Mahoney –un profesor de literatura que decía haber conocido a Darwin– lleva a Pedronel a colaborar con la *República Liberal* y termina poniéndolo en apuros. Salir del país se presenta como la mejor opción. Pedronel consigue que su familia lo apoye para viajar a Nueva York, donde se dispone a hacer una especialización en comercio marítimo, y se embarca con Hans en un buque de la White Star Line. Pedronel viaja en primera y Hans, en tercera clase. A su llegada a Nueva York, Pedronel desembarca sin novedad y Hans es llevado al recién creado centro de inmigración de Ellis island. Pocos días después, con el nombre de Manuel María de Mark, Hans haría el juramento que lo con-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.